

suelve uno á atravesar las corrientes de agua que los surcan.

Los animales tienen un instinto admirable para guardarse del ataque de los caimanes, los perros, por ejemplo, usan de una estratagema que les sale muy bien; pero el instinto no basta en este caso para espli-

car tal ardid; hay que admitir la razon. Hé aquí lo que pasa.

Cuando quiere un perro atravesar un rio buscando á su amo, ó que ostraviado en persecucion de la caza, trata de volver á su albergue, se detiene á la márgen del rio y gime, ladra y ahulla con todas sus fuerzas: su



Rahaia, ministro de la reina de Madagascar.

cionamiento es sencillo. «Al ruido que yo hago, debe pensar el perro, el cocodrilo ansioso de mi carne, acudirá aceleradamente hácia el sitio en que lo llamo; los mas lejanos abandonarán sus retiros y todos correrán á porfia á ver cuál me echa antes el diente.» El perro ladra aun todo el tiempo que juzga necesario para atraer hácia sí á sus enemigos. Despues, cuando están muy cerca de él, ocultos en el fango, regocíjándose entre ellos y saboreando anticipadamente una

presa tan fácil, parte como una flecha y vá á pasar con toda seguridad el rio á 500 metros de allí, y ladrando y retozando en la orilla opuesta, se burla de su feroz enemigo, que al parecer se deja siempre burlar del mismo modo.

A nuestra vuelta, Fernando nos habia preparado una sorpresa: era una cena en compañía de dos jefes ovas del lugar. No éramos seguramente nosotros los honrados, pero debia haber en esto materia para un

curioso estudio de costumbres, y dimos las gracias por el favor á nuestros huéspedes.

El ova, cualquiera que sea, es sobremanera aficionado á la mesa y al vaso, y así nuestros dos jefes aceptaron de muy buena voluntad la invitacion que les hiciera Fernando. Sin embargo, estos señores nos hicieron esperar, retardo escusable si se atiende á la causa, que no fue otra, que la *toilette* europea que creyeron debian hacer; porque por nada de este mundo habrian querido venir á este acto (que consideraban por nosotros, oficial) vestidos con el *lamba*, su traje nacional.

La señora comandanta debia acompañar á su esposo, y yo supongo que debió haber gran revolucion en su casa sobre la crinolina y falbalá de rigor, que en Madagascar, como en cualquiera otra parte, constituyen la *toilette* de una mujer.

Eran ya las ocho, y por consiguiente noche cerrada cuando los convidados llegaron: venian precedidos de una horrisona trompeta y un ruidoso tambor, música de su escelencia, y escoltados por una escuadra de cinco soldados y un cabo, total de la fuerza armada del lugar. Todos marchaban á compás con una gravedad tan cómica, que nos hicieron recordar los vistosos desfiles de nuestros guerreros de teatro. El cabo, muy orgulloso de sus hombres, mandaba con voz tonante unas maniobras que no pudimos comprender, y cuando al fin se detuvieron debajo del *verandah* (galería) de la habitacion, prorumpieron en espantosos vítores en nuestro honor, segun nos esplicaron.

Luego hubo presentacion y aquellos señores mas desconcertados de lo que les convenia, se sentaron tímidamente. El comandante y su *ad látere* eran dos personajes altos, secos y de fisonomía inteligente. El primero se esforzaba por estar grave, como cumplia á un hombre de su importancia; el otro, menos condecorado, dejó correr mas libremente su buen humor y en breve hicimos conocimiento. Pero el uno y el otro nos observaban con atencion curiosísima, procurando copiar nuestras maneras y gestos.

Habíanse vestido de todo rigor: levita negra, anticuada en verdad, chaleco ante-diluviano y pantalon con un lustre tan marcado, que revelaba la antigüedad de su origen. Los sombreros, que acababan de dejar para sentarse á la mesa, tenian la forma voleada de nuestros chacós cívicos, de respetable memoria, con sus reflejos rojizos; y en cuanto á los pañuelos á cuadros, que agitaban con gracia seductora, nuestros comensales acabaron por sentarse sobre ellos ignorando el destino del bolsillo.

La señora comandanta, que estaba á mi lado, era una obesa comadre, pequeña, desbarajustada en el traje, que no parecia hecho á su medida, y de una tez amarilla de manzana pasada. El conjunto no

tenia nada de atractivo, y mi galantería se entibiaba visiblemente á pesar de mi buena voluntad. Además, sus modales no me animaban por la comandanta; no correspondia á mis obsequios sino con una gran mirada que no queria decir maldita la cosa, contentándose con despachar metódicamente y con invencible apetito el plato que yo le colmaba á cada nuevo servicio.

Pero Fernando me dió la esplicacion del enigma. Y es que yo la servia primero, debiendo servir antes á su marido: la urbanidad malgacha exige que se atienda primero á los hombres y despues, si há lugar á las mujeres, que son consideradas como seres inferiores. La estrañeza de la comandanta estaba pues en su lugar, y ya advertido yo, solamente me dediqué á servir á mi *duodécimo honor*, quien por su parte pagaba mis finezas con obsequios y cortesías de todas clases.

Y me copiaba con tanta exactitud y persistencia, que su tenedor iba al mismo compás que el mio. Si comia yo, comia él; si bebia, bebia; si cesaba, cesaba él tambien. Aquel hombre estaba ciertamente dotado de un gran talento de imitacion, y á no ser por la gravedad de las circunstancias, habria yo llevado mi tenedor á la oreja, por ver si seguia haciendo lo que yo.

Mi *ad látere* bebia con frecuencia; pero el vino le parecia insípido y preferia el *vermuth*, de paladar mucho mas fuerte. Verdad es que su costumbre era despacharlo por vasos de tal modo, que al poco tiempo vinimos á las expansiones mas familiares: á la primera ocasion se puso á palparme el estómago, con cuya franqueza me creia yo muy lisonjeado; juraba y perjuraba que era mi verdadero amigo, lo cual merecia yo por todos conceptos; por fin, y honrándome mas con sus familiaridades, metió sus manos en mi plato, pensando que los buenos amigos deben poseerlo en comun todo.

Me sonrojé al principio por esta nueva muestra de favor, y me acometió luego un golpe de risa que lo encantó; pero al instante le hice comprender que en las mejores sociedades de Francia, las cosas pasan del mismo modo, y abandonándole cada plato que tocaba, tomaba otro.

Ya se hacia tarde y estos señores se esforzaban aun en perpetuar su buen humor que á la larga hubiera sido cañsado. Levantámonos pues; pero como nunca se termina sin brindis una comida malgacha, fue menester sentarnos otra vez. Es costumbre echar un brindis por cada convidado, comenzando por el mas humilde hasta acabar por la reina y el emperador. Los mas atentos beben tambien á la salud de los padres de sus huéspedes, por sus hijos, por sus nietos, etc. Compréndase nuestro conflicto. Cuando llegó la vez de brindar por la reina, fue ejecutada

una evolucion bajo la verandha por la guarnicion del castillo: la voz del cabo rompió como una tempestad, nuestros huéspedes se levantaron vacilando y volviéndose hácia Tanariva apuraron sus copas á la gloria incomparable de *Rasuaherina pangaka ny Madagascar*.

Luego que tocó su turno á nuestro emperador, la

ansiedad de los ovas fue ostensible: mandaron la maniobra, pero no sabiendo hácia dónde caía París, vacilaban para escoger punto del horizonte donde volverse. Fue menester volverlos hácia el Norte; pero las dificultades aumentaron para pronunciar el nombre de Napoleón III emperador de los franceses, y solo á fuerza de repeticiones numerosas pudieron



Vigilantes de la reina de Madagascar.

echar este último brindis. Ya se comprenderá que despues de tantas libaciones, debíamos sentirnos muy mal.

La noche fue penosa, agitada, cruel: las chinches nos invadieron, ratas enormes tomaron nuestros tendidos cuerpos por camino real y los cínifes hambrientos se saciaban en nosotros. Dormímonos por fin; pero apenas hubimos cerrado los ojos, el destemplado son de una campana cascada nos hizo incorporarnos

sobresaltados; y aun no nos habíamos dado cuenta de esta fúnebre cencerrada, cuando un ruido infernal de cadenas arrastradas vino á aumentar nuestro espanto. ¿Estábamos acaso en la mansion de los muertos? Yo no las tenia todas conmigo, y lanzándome afuera, fuí testigo del espectáculo mas horroroso que puede verse.

La siniestra campana era una enorme y vieja marmita que golpeaban con una barra de acero para lla-

mar al trabajo á los esclavos. En medio del patio se estendia una larga columna de negros encadenados de dos en dos; sus piernas igualmente sujetas por grandes y fuertes anillos, apenas podian separarse

para andar á la distancia de un pie. Sucios harapos cubrian sus azotadas carnes, y algunos de ellos solo tenian un giron de estera vieja lleno de fango; sus rostros embrutecidos por el sufrimiento no tenian



Helecho arborescente.

ningun rasgo de las razas que habíamos visto: los desdichados habian perdido, no ya la libertad, que es el alma, sino hasta la forma humana. ¡Justo cielo! pensaba yo: ¡hé aquí los esclavos de la reina! ¡Ah! ¡Cuán lejos estábamos de la servidumbre patriarcal,

que habíamos encontrado antes en las casas malgachas!

Muchas veces habia yo visto esclavos; pero nunca, jamás, habia asistido á un espectáculo de tanto dolor, de tanta miseria, de tanta abyeccion.

Fernando, á quien despues hallé, me esplicó que estos eran los esclavos rebeldes ó prófugos aprehendidos y que se les castigaba con tan excesivo rigor.

Algunos de estos infelices arrastraban despues de muchos meses, y otros despues de muchos años, esta existencia de condenados. Pedimos á nuestro huésped, como favor, como recuerdo de nuestra permanencia en su casa, la gracia de un condenado y él nos la otorgó sin resistencia. El miserable á quien se dió libertad en el mismo acto, vino temblando á darnos las gracias.

Hacia el medio dia, nos despedimos de Fernando para volver á Tamatava.

VII.

Coronacion de la reina en Tamatava.—Andrian Mandruso.—Los antaymuros.—Los cymeriros.—Raharla.—Los ovas.—Código de leyes.—Organizacion en Tanariva.—Organizacion de las provincias.—Partida para Santa Maria.

Apenas de vuelta, el comandante nos invitó á asistir á la coronacion de la nueva reina, ceremonia que debia tener lugar en el interior del fuerte de Tamatava, de cuya honra debiamos participar con toda la poblacion, invitada tambien á tan solemne acto. El camino del fuerte estaba cuajado de gente de todas clases, de todas categorías, de todos trajes, desde el *lamba* de raban y el *simbu* de algodón, hasta la levita negra: aquí no habia traje oficial. Reconocimos entre el gentío á algunos de nuestros nuevos amigos, y vimos pasar á Julieta, resplandeciente toda ella con su vestido de terciopelo nacarado, su diadema de princesa y sus dos condecoraciones de brillantes en su robusto pecho.

Dejad pasar al buey gordo, dijo al vernos esta mujer de buen humor, anticipándose ella misma este piropo y burlándose graciosamente de su traje de córte.

Llegamos luego al fuerte: la esplanada interior estaba atestada de gente; el pueblo humilde ocupaba todas las escarpas del alrededor. En el centro se elevaba una ancha tienda y en ella una mesa con refrescos de todas clases para las convidadas. El estado mayor de la plaza estaba agrupado á la inmediacion, rodeando á S. E. Andrian Mandruso, ex-boyero y actualmente general *Décimo cuarto honor*, etc., etc. Cada uno de los convidados venia á prestarle sus homenajes felicitándolo por el advenimiento de Rasuherina, su graciosa mujer, al trono de Madagascar, cuyo estandarte flotaba encima de la plaza.

Pero el personaje, á mi parecer, mas notable, por su uniforme á lo menos, era un antiguo marinero francés, llamado Estéban, cuyo abigarrado vestido atraia las miradas de todos. Este hombre emperifollado, buen mozo por lo demás, era... bien que pa-

reciese un contrabandista, nada menos que almirante de la marina ova. Ciertamente que no tenia á sus órdenes ni un bote, pues solo dos modestas piraguas componian la fuerza naval de Tamatava; pero en su aire marcial se adivinaba que se creia digno de mandar un navío de tres puentes: así sea.

En cuanto al ex-boyero, era la representacion mas exacta de un vendedor suizo de vulneraria: llevaba un pantalon de terciopelo azul, galoneado de oro, una levita roja con alamares y bordados de oro, sus mangas estaban adornadas con cinco anchos galones de oro; sus hombros iban cargados con dos enormes charreteras de oro que le cubrian hasta el codo y su cabeza desaparecia bajo un sombrero de tres picos igualmente galoneado de oro. Ya veis cómo no economizaba el oro. La cara triste y enfurruñada del comandante contrastaba fuertemente con su traje de saltimbanquis, y se conocia que se hallaba por demás embarazado con tan pomposo disfraz en presencia de los europeos, que lo admiraban sonriendo.

Sospecho que S. E. no es tampoco muy elocuente, porque no hizo ningun *speech*. Lo juzgo tambien demasiado tímido; pues cuando se trató de reproducir los rasgos de su noble fisonomía, el señor gobernador temblaba como una hoja. Ofreciéndonos, sin embargo, políticamente un vaso de champaña, que bebimos... lo confieso por mi cuenta, por la caída de la reina que se aclamaba.

Respecto del otro personaje, cuyo retrato tambien damos, no podemos decir mas que una cosa, y es que lleva con igual desembarazo una levita de sociedad que un traje de córte, y que gracias á su educacion inglesa y á su talento natural, no estaria fuera de situacion ni de carácter en ningun salon de Europa.

Mientras tanto los juegos comenzaban, precedidos de abundantes libaciones de *betza-betza*. Las damas se sentaron en el suelo con la barba en las rodillas, en esa actitud que habreis visto alguna vez, y se pusieron á dar palmadas cantando al mismo tiempo con una voz lamentable, acompañando á dos ó tres de sus compañeras, cuyos movimientos acompasados carecian completamente de gracias.

Los antaymuros, guerreros malgachos al servicio de los ovas, atrajeron muy luego la atencion de los circunstantes. La danza de éstos era la diversion favorita del señor, y como en todas partes del mundo los hombres son los mismos, al punto se agruparon los circunstantes formando círculo en torno de los guerreros. Sus gestos salvajes, sus gritos, sus saltos, la ferocidad que demostraban en su simulacro de guerra, daba una idea de su modo de combatir. Agitaban con furor sus brillantes azagayas, las lanzaban, las volvian á coger y herian con fiera rabia la tierra. Luego hundian el arma y la sacaban, y la volvian á hundir y sacar como de la herida de un enemigo

rendido, y últimamente figuraban lamerla ensangrentada con una voluptuosidad horrible. Aquel juego de caníbales, aquellas contorsiones de energúmenos hacian las delicias del comandante, quien armado de un escudo animaba á los atletas bailarines. El espectáculo me repugnaba y abandoné la funcion.

Cuando el ova hace un presente, es porque espera céntuplo: cuando tiende la mano, es para que se le eche en ella cualquier cosa. Adora la plata: no reconoce mas Dios; y es perezoso, embustero, cobarde, cruel, insolente... Podrá decirse acaso que no soy imparcial: ciertamente, porque este hombre, por lo que yo he visto y por lo que me han dicho tambien, me subleva y no puedo juzgarle á sangre fria.

Como tipo, es pequeño, escrofuloso, raquítico y sarnoso. Hablo de los ovas de la costa. En Tanariva la raza está, segun me dicen, mejor conservada y hay algunas mujeres bellas.

Como políticos, los ovas son hábiles, astutos, grandes diplomáticos. Acostumbrados desde niños á la discusion de los negocios públicos, su organizacion en Tanariva hace recordar á veces la república romana: es una oligarquía pura, que por su naturaleza es el gobierno mas persistente en sus designios. Esta pequeña aristocracia representa al senado de Roma, y el primer ministro, cargo hereditario de una familia plebeya, seria un verdadero tribuno.

No se toma resolucion ninguna, nada se proyecta ni menos se ejecuta sin *kabar* ó discusion pública.

El primer *kabar* se celebra en el palacio real, donde los miembros de las grandes familias se reunen todas las mañanas para dar su parecer sobre los negocios del dia. El último vocal de esta asamblea es el que primero habla, y despues van hablando los que quieren, segun su orden y categoría ascendente hasta el primer ministro ó el rey que resume la cuestion.

Al salir de la sesion real, cada noble encuentra afuera una multitud de clientes que lo esperan y á los cuales da conocimiento de las resoluciones tomadas en palacio; segundo *kabar*, donde cada uno emite su parecer de nuevo, discute, aprueba ó reprueba.

En este *kabar*, cada cliente recibe de sus patronos los consejos oportunos sobre la línea de conducta que debe seguir para trabajar en pro de su jefe: este es el *kabar* de las pequeñas intrigas; el espíritu de partido recibe de aquí fuerzas y da la palabra de orden para agitar al pueblo y dirigir la opinion pública.

A la salida de este otro *kabar*, los agentes se diseminan y mezclan con el pueblo en las casas ó en la plaza pública. La multitud entonces discute en un tercer *kabar* todas las noticias del dia, medio de dilucidacion y publicidad que viene á suplir á la prensa.

Los ovas tienen además las asambleas públicas del Campo de Marte.

El código de las leyes ovas contiene artículos que pueden interesar á los lectores: citaremos algunos.

«Art. 1.º Hay pena de muerte, venta de mujeres y de niños, y confiscacion de bienes:

- 1.º Para la desercion al enemigo.
- 2.º Para el que pretenda las mujeres de los príncipes ó jefes.
- 3.º Para los que ocultan armas bajo sus vestidos.
- 4.º Para el que provoque ó fomente una revolucion.
- 5.º Para el que saque hombres fuera del territorio ova.
- 6.º Para el que robe los sellos ó falsifique las firmas.
- 7.º Para el que descubra, laboree ó denuncie una mina de oro ó plata.

Art. 4.º Yo no tengo mas enemigos que el hambre y las inundaciones, y cuando los diques de un arrozal se rompen, si los colindantes no bastan para repararlos, el pueblo debe ayudar para remediarlo pronto.

Art. 6.º El que en un proceso corrompa ó procure corromper á sus jueces, perderá su causa y será condenado á la multa de 50 piastras: si no pudiere pagar, será vendido.

Art. 9.º Cuando hubiéreis dado á vuestros hijos, propios ó adoptivos, una parte de vuestros bienes, podreis desheredarlos y aun desconocerlos, si luego teneis queja de ellos.

Art. 17. Si teneis penas, seais hombres, mujeres ó niños, comunicadlas á los oficiales y jueces de vuestro pueblo, para que el secreto de vuestros pesares llegue hasta mí.

Art. 18. Cuando un borracho riña con cualquiera, lo injurie, ó lo perjudique en sus bienes, lo prendereis, y cuando haya recobrado la razon, soltadlo y haced que pague los perjuicios.

Art. 21. Sed todos amigos, amaos los unos á los otros, porque yo os amo á todos igualmente y no quiero perder la amistad de nadie.

Art. 26. Si alguno tiene medicinas que no le vengan de sus mayores, orden para que las tire.

Art. 28. El que no guarde mis leyes, será marcado en la frente y no podrá llevar largos los cabellos, ni ningun vestido limpio, ni el sombrero en la cabeza.

Art. 29. Todo hombre soltero, es declarado menor.»

Hay de todo en estas leyes. El cristiano encuentra en ellas máximas de su religion, mezcladas con preceptos salvajes, y el último artículo puede suministrar al hombre político un asunto de seria reflexion. Podríamos citar aun la costumbre siguiente que hace ley en Madagascar. Los padres, al revés de nuestros usos, toman los nombres de sus hijos haciéndoles preceder de *Raini*, padre de, ó de *Reinani*, madre de. Y parece que hay en esta rara cos-